

¡ Oh de la muerte vividas primicias!
 ¡ Oh martirio sin fin, oh goce eterno!
 ¡ Oh lágrimas mezcladas con caricias!

En tanto que la garra me rompía
 la carne, y penetraba hasta mis huesos,
 yo de placer y de dolor moría

al contacto monstruoso de sus besos...
 y cantó el ruiseñor allá en la oscura
 soledad de los árboles espesos:

«— ¡ Oh secreto del cielo y de natura!
 ¡ Oh amor, oh bella esfinge! ¿por qué enlazas
 en tu seno el placer a la tortura?»

¿Por qué con garra el corazón abrazas?
 ¡ Oh inexplicable Amor, Esfinge hermosa!
 ¿por qué cuando acaricias despedazas?

¿Cuál es, di, la palabra misteriosa
 que el hondo enigma de tu ser esconde?»
 Cesó el canto, la Esfinge pavorosa
 en piedra convertida, no responde.

COMPOSICIONES VARIAS

AL PIE DE LA CRUZ

A mi madre, la señora doña Dionisia M. de Flores

Abrasa el soy la flor en la llanura
 y la palma gentil en el desierto;
 y tibia el agua del Jordán oscura
 rueda a la soledad del Lago Muerto.

No un rumor en los quietos olivares,
 ni un reptil que se arastre por la senda;
 y busca el agareno en sus aduares
 la tibia sombra de la móvil tienda.

No perfuman la brisa los aromas
 que exhala el cinamomo y el aloe;
 mudas están y tristes las palomas
 allá en los terebintos de Siloe.

A lo lejos, perdida en el incierto
 vapor del arenal que vibra y crece,
 cual inmóvil fantasma del desierto,
 la ciudad del Profeta resplandece.

Y más y más el sol su fuego envía
a la hora sofocante de la siesta,
y más se abrasan al calor del día
el campo, la ciudad y la floresta.

Mas de aquella colina allá en la cumbre
se levanta confuso vocerío,
y se agita feroce muchedumbre
cual las olas del piélago bravío.

Es un pueblo que vil y que obcecado
su cobarde furor viene escupiendo
a un hombre que, desnudo, desgarrado,
pendiente de una cruz, está muriendo.

Es el Gólgota allí. Su árida cima
que ya tantos patíbulos ha visto,
parece con horror ver a Solima
la negra cruz al soportar de Cristo.

Hijo del hombre, en el ingrato mundo
do reposar no tuvo su cabeza;
gimió bajo el olivo, moribundo,
y el cáliz apuró de la tristeza.

Hoy ceñido de bárbaros abrojos,
deshgurado, pálido, temblando,
de lo alto de la cruz torna los ojos
y en vano ¡*tengo sed!* está clamando.

¡ Sed, el que da la lluvia a las corolas
y hace vagar las nubes en el viento!
¡ Sed el que agita de la mar las olas
y el agua dividió del firmamento!

Y sangre nada más su labio moja;
levanta al cielo su mirar sombrío,
y clama con la voz de la congoja:
¿*Por qué me abandonaste, Padre mio?*

Y va a morir. El ángel de la muerte
se acerca ya con pavoroso vuelo...
Y es el Increado, el Hacedor, el Fuerte,
el hijo eterno del Señor del cielo.

*

Y en torno a la cruz, rugiendo
estaba el pueblo sin fe;
iba el sol palideciendo,
el Hijo estaba muriendo,
la Madre llorando al pie.

Era madre, y en su frente,
gota tras gota sentía
caer la sangre caliente
del Hijo en la Cruz pendiente,
que por el hombre moría.

Y aquella sangre caída
las entrañas abrasaba
de Madre tan afligida,
que de dolores transida
juntas las manos alzaba.

Y era cual dardo acerado
en su corazón clavado
aquel dolor sin segundo...
¡ El Hijo crucificado,
la Madre sola en el mundo!

*

Pálida virgen María,
Madre mártir de Jesús
y madre también ¡ ay! mía
¿ cómo contar tu agonía
llorando al pie de la cruz?

¡Tú llorando, virgen bella,
cuando ha besado tu huella
el ángel que dijo: «Eres,
»bendita entre las mujeres,
»¡ ho, purísima doncella!»

Cuando ha llevado tu seno
a Aquel, de quien es el día
sólo un reflejo que envía
de su semblante sereno
sobre la tierra sombría.

¿Cuándo ceñirán tu frente
los luceros diamantinos,
cuándo el querub esplendente
se inclinará reverente
ante tus ojos divinos?...

¿Cómo la tierra que habitas,
y éstas las razas precitas
por las que el Hijo se inmola
de tus lágrimas benditas
no valen ¡ay! una sola?

¿Tú llorando en tanto duelo
como en el mundo no hay dos;
y no hay para ti consuelo,
y eres la reina del cielo,
y eres la madre de Dios?

.....

Se iba el sol oscureciendo;
y en torno a la cruz, rugiendo
seguía el pueblo sin fe:
Jesús estaba muriendo,
la madre llorando al pie.

Gemían en las heredades
las tórtolas quejumbrosas,
y roneas las tempestades

resonaban pavorosas
en las negras soledades.

Las tinieblas se palpaban,
mugían los mares airados,
los cielos abandonaban
los ángeles, y lloraban
en torno a la cruz cercados.

Y las tinieblas surcaron
lívidos rayos inciertos,
y las piedras se chocaron,
y de sus tumbas alzaron
su atónita faz los muertos.

Y las legiones de ángeles dolientes
que rodeaban el Gólgota tamblaron;
y sollozando, sus divinas frentes
con sus alas velaron.

Envuelto en la tiniebla centelleante
el Eterno, severo y solitario,
su mirada terrible en ese instante
apartó del Calvario.

Entonces ¡*En tus manos me encomiendo!*
con grande voz el Redentor gimió;
vibró su espada el querubín tremendo...
¡*Todo se consumó!*

LA CRUZ

Á TIRSO R. CÓRDOBA

Hace diez y ocho siglos, humillado
y lleno el mundo de terror veía
cómo Roma triunfal le conducía
al rudo carro de su gloria atado.

Hace diez y ocho siglos, ignorado
del mundo que su fe no conocía,
un hombre en el patíbulo moría
como vil criminal crucificado.

Diez y ocho siglos ha... Tras gloria tanta
besó Roma imperial el polvo inmundo
del bárbaro feroz bajo la planta;

mientras la cruz del Cristo moribundo
entre el cielo y la tierra se levanta
sobre el inmenso pedestal del mundo.

MATER DOLOROSA

PLEGARIA

Á MI HERMANA MARINA

Virgen del infortunio, doliente Madre mía,
en busca del consuelo me postro ante tu altar.
Mi espíritu está triste, mi vida está sombría,
pasaron sobre mi alma las olas del pesar.

Estoy en desamparo, no tengo quien me acoja;
hay horas en mi vida de bárbara aflicción;
y solo... siempre solo, no tengo quien recoja
las lágrimas secretas que llora el corazón.

Es cierto que del mundo en la corriente impura
cayeron deshojadas las rosas de mi fe,
que en pos de mis fantasmas de juvenil locura
corriendo, delirante, Señora, te olvidé.

Que me cegó el orgullo satánico del hombre,
y en mi ánimo turbada la duda penetró;
y se olvidó mi labio de pronunciar tu nombre,
y de mi mente loca tu imagen se borró.

Es cierto... ¡pero escucha!... De niño te adoraba,
al pie de tus altares mi madre me llevó...
Llorando, arrodillada, la historia me contaba,
del Gólgota tremendo cuando Jesús murió.

Y vi sobre tu rostro la angustia y el quebranto,
caía sobre tu frente la sombra de una cruz,
tus lágrimas rodaban y negro era tu manto...
todo de un cirio pálido a la siniestra luz.

Entonces era niño, no comprendí tu duelo;
pero te amé, Señora, ¡tú sabes que te amé!
que dulce, immaculado, alzabase hasta el cielo
el infantil acento de mi sencilla fe.

Por esa fe de niño, por el ardiente ruego
que al lado de mi madre con ella repetí,
¡Virgen del Infortunio, cuando a tus plantas llegó,
Virgen del Infortunio, apiádate de mí!

Tú miras, reina augusta, la senda que cruzamos:
con llanto la regaron generaciones cien,
a nuestra vez nosotros con llanto la regamos,
y las que vienen luego la regarán también.

A nuestro paso vamos dejando en sus abrojos
pedazos palpitantes del roto corazón;
y andamos... más andamos... y no hallan nuestros ojos
ni tregua a la jornada, ni tregua a la aflicción.

Mas tú eres la esperanza, la luz, nuestro consuelo,
tus ojos levantados suplican al Señor,
tus manos están juntas en dirección al cielo...
tú ruegas por nosotros, ¡oh Madre del dolor!

En busca de consuelo yo vengo a tus altares
con alma entristecida y amargo corazón;
y pongo ante tus ojos, Señora, mis pesares,
y en lágrimas se baña la voz de mi oración.

No mires que olvidando tu imagen y tu nombre
al viento de este mundo mis creencias arrojé.
Acuérdate del niño y olvídate del hombre...
mi frente está en el polvo... perdóname... pequé.

¡Oh! por mi fe de niño, por el ferviente ruego
que al lado de mi madre con ella repetí,
Virgen de los Dolores, cuando a tus plantas llego,
Virgen de los Dolores, ¡apiádate de mí!

EVA -esqueleta

Á ROSARIO DE LA PEÑA

Era la sexta aurora. Todavía
el ámbito profundo
del éter, *Fiat-lux* estremecía;
era el sereno despertar del mundo
del tiempo en la niñez.

Amanecía,
y del Criador la mano soberana
ceñía con gasas de topacio y rosa
como la casta frente de una esposa,
la frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera
las olas de oro de la luz primera,
y levantando púdica su velo
Primavera gentil, rica de galas,
iba en los campos vírgenes del suelo
regando flores al batir sus alas.

El monte azul, su cumbre de granito
dejando acariciar por los celajes
dispersos en el éter infinito,
en campos desplegaba de esmeralda
la exuberante falda
de sus bosques tranquilos y salvajes.

Y cortinas de móviles follajes,
cascada de verdura
cayendo en los barrancos,
daban sombra y frescura
a grutas que fragantes tapizaban
rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque presintiendo el día
poblaba su arboleda de rumores,
el agua alegre y juguetona huía
entre cañas y juncos tembladores,
el ángel de la niebla sacudía
las gotas de sus alas en las flores,
y flotaba la Aurora en el espacio
envuelta en sus cendales de topacio.

Era la hora nupcial. Dormía la tierra
como una virgen bajo el casto velo,
y el regío sol al sorprenderla amante
para besarla, iluminaba el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
de los ríos, las fuentes y los mares,
en un coro inefable preludiaban
un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
exhalado de todas las corolas,
flotaba derramado en los cefiros
que el rumor de sus alas ensayaban
un concierto de besos y suspiros;
y cuantas aves de canoro acento
se pierden en las diáfanas regiones,
inundaban de músicas el viento
desatando el raudal de sus canciones.

Era la hora nupcial. Naturaleza,
de salir de su caos aun deslumbrada,
ebria de juventud y de belleza,
virginal y sagrada,
velándose en misterio y poesía,

sobre el tálamo en rosas de la tierra
al hombre se ofrecía.

¡ El hombre!... Allá en el fondo
más secreto del bosque, do la sombra
era más tibia del gentil palmero,
y más mullida la musgosa alfombra
y más rico y fragante el limonero;
donde más lindas se tupían las flores
y llevaba la brisa más aromas,
la fuente más rumores,
y trinaban mejor los ruiñeños,
y lloraban más dulce las palomas;
do más bellos tendía
sus velos el crepúsculo indeciso,
allí el hombre dormía,
aquél era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado
se mostraba al nacer grande y sereno;
Dios miraba lo creado
y veía que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de aurora,
de aquel instante en la sagrada calma,
a la sombra dormido de la palma,
y del césped florido en el regazo
estaba Adán, la varonil cabeza
en el robusto brazo,
y esparcida a la brisa juguetona
la melena gentil; pero la altiva
frente predestinada a la corona,
la noble faz augusta de belleza
en medio de su sueño, revelaba
severa y melancólica tristeza.
El aura matinal en blando giro
su frente acariciaba, y suavemente
su pecho respiraba,
pero algo como el soplo de un suspiro
por su labio entreabierto resbalaba.

¿Sufría?... En aquel retiro
sólo el Creador con el dormido estaba.

Era el hombre primer, era el momento
primero de su vida, y ya su labio
bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno,
pero él estaba solo. El aislamiento
transformaba en proscrito al soberano...
Entonces el Creador tendió su mano
y el costado de Adán tocó un instante.

Suave, indecisa, sideral, flotante,
como el leve vapor de las espumas,
cual blanco rayo de la luna, errante
en un jirón de tenebrosas brumas,
emanación castísima y serena,
del cáliz virginal de la azucena,
perla viviente de la aurora hermosa,
ampo. de luz del venidero día
condensado en la forma voluptuosa
de un nuevo ser que vida recibía,
una blanca figura luminosa
alzóse junto a Adán... Adán dormía.

¡ La primera mujer! Fúlgido cielo
que bañó con su lumbre
la mañana primer de las mañanas,
¿viste luego en la vasta muchedumbre
de las hijas humanas
alguna más gentil, más hechicera,
más ideal que la mujer primera?

La misma mano que vistió la tierra
de azules horizontes,
los campos de esmeralda,
y de nieve la cumbre de los montes
y de verde oscurísimo su falda;
la que en las olas de la mar sombría
alza penachos de brillante espuma,

y corona de arco iris y de bruma
 la catarata rápida y bravía;
 la que tiñe con mágicos colores
 las plumas de las aves y las flores;
 la que tan bellos pinta esos celajes
 de oro y ópalo y púrpura que forman
 del cielo de la tarde los paisajes;
 la que cuelga en el éter cristalino
 el globo opaco de la luna fría
 y en el cenit espléndido levanta
 la corona del sol que lanza el día;
 la que al tender el transparente velo
 del ancho firmamento, como rastros
 de sus dedos de luz dejó en el cielo
 el polvo fulguroso de los astros;
 la mano que la gran Naturaleza
 pródiga vierte perennal hechizo,
 la del Eterno Dios de la belleza,
 ¡oh primera mujer... esa te hizo!

La dulce palidez de la azucena
 que se abre con la aurora
 y el casto rayo de la luna llena,
 dejaron en su faz encantadora
 la pureza y la luz. Los frescos labios
 como la rosa purpurina, rojos,
 esa mirada en que fulgura el alma
 en los rasgados y brillantes ojos
 y por el albo cuello,
 voluptuoso crespón de sus hechizos,
 la opulenta cascada del cabello
 cayendo en olas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
 su labio sonreía,
 su aliento perfumaba,
 y el mirar de sus ojos encendía
 una inefable luz que se mezclaba
 del albor al crepúsculo indeciso...
 Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica la vida,
 Naturaleza toda palpitante,
 como a la virgen trémula el amante
 la envolvía cariñosa.
 Las brisas y las hojas le cantaban
 la canción del susurro melodioso;
 al compás de las fuentes que rodaban
 su raudal cristalino y sonoro;
 en torno cefirillos voladores
 su cabello empapaban con aromas,
 suspiraban pasando los rumores
 y trinaban mejor los ruiseñores
 y lloraban más dulce las palomas;
 en tanto que las rosas extasiadas,
 húmedas ya con el celeste riego,
 temblando de cariño a su presencia
 su pie bañaban de fragante esencia
 y se inclinaban a besarle luego.

Iba a salir el sol, amanecía
 y a la pálida sombra del palmero
 tranquilo Adán dormía.
 Su frente majestuosa acariciaba
 el ala de la brisa que pasaba
 y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba
 sobre el inquieto corazón las manos,
 húmedos y cargados de ternura
 los ya lánguidos ojos soberanos;
 y poco a poco, trémula, agitada,
 sintiendo dentro el seno, comprimido
 del corazón el férvido latido;
 sintiendo que potente, irresistible,
 algo inefable que en su ser había
 sobre los labios del gentil dormido
 los suyos atraía,
 inclinóse sobre él...

Y de improviso
se oyó ruido de un beso palpitante,
se estremeció de amor el Paraíso...

¡y alzó su frente el sol en este instante!

A LOS QUE ESTUDIAN

¡Atrás quedad, los viejos horizontes
que en círculo mezquino
cercáis la inteligencia
y sublime volar del pensamiento!
¡Atrás quedad! El campo de la Ciencia
tiene la inmensidad del firmamento.

El espíritu es luz. ¡Dejad que brille
disipando la sombra que rodea
a la sacra Verdad! ¡Dejad que vuele
en su ala de relámpago la idea!

¿Quién encadena a estúpido sosiego,
a lánguido desmayo
las águilas del trópico, que tienen
para mirar el sol ojos de fuego
y alas que cruzan la región del rayo?...

¡Y es águila del alma el pensamiento
que el sol de la verdad busca anhelante,
y que quiere en sus giros vagabundos,
chispa de Dios flamígera y errante,
perdersé en lo infinito de los mundos!

¿Adónde llegará?

Naturaleza
es un libro sellado de misterio,
cuyas profundas páginas empieza
el hombre a deletrear. De su camino
en el rápido paso

cada generación descifra apenas
algunas letras, de misterio llenas,
y se hunde de la tumba en el ocaso.

Mas la conquista de la edad que muere
es el tesoro de la edad que nace.
No es la ciencia relámpago que hiere
un instante la vista y se deshace;
sino el astro inmortal, la estrella fija
que en la serena frente de los siglos
inapagable encienden
mil ráfagas de luz que se condensan,
ráfagas que alumbrando se desprenden
de los grandes espíritus que piensan.

¡La gloria allí! Constelación fulgente
que deja en su transecurso fugitivo
de cada edad el alma inteligente,
única aureola con que puede altivo
un siglo ilustre coronar su frente.

*

Tras esa aureola camináis, hermanos
vosotros, los cerebros en que bulle,
mariposa de luz, la fantasía,
ansiosa de tender sus alas de oro
en campos inundados por el día.
Vosotros, operarios impacientes
que secáis a la hoguera del estudio
el frescor juvenil de vuestras frentes;
obreros del saber, cuya faena
comienza con la aurora,
sembradores ahora
del generoso grano de la Ciencia,
segadores mañana
de los frutos del alma inteligencia.

Sois nuestra juventud, arca sagrada
do con amor guardamos
la fe del porvenir idolatrada.

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTEVIDEO, MONTEVIDEO

Sois en este momento
la mano que entreteje, siderales,
de la Patria a los lauros inmortales,
las flores luminosas del talento.
Sois el alma dormida en el regazo
de la casta ilusión, nido de flores,
soñando en el abrazo
de la virgen ideal de los amores.
Sois el ardiente corazón mecido
del esueño en la nube transitoria;
¡sed también el espíritu encendido
en la ambición sublime de la gloria!

¡Alentad nuestra fe! ¡Rasgad el velo
que el horizonte patrio descolora;
alzad en el oriente de su cielo
vuestra frente de aurora!

Y no sintáis vuestros felices días
del fatigoso estudio
ir consumiéndolo en la vigilia quieta...
Acaso valen más vuestros desvelos
que los sueños febriles del poeta.

Los sueños del poeta son estrellas
de tan remoto cielo, que se apagan
apenas cuando nacen;
efímeras centellas
que de la vida entre la niebla vagan
y que al soplo del mundo se deshacen.

¡No desmayéis! Sus páginas benditas
os abre la Creación: buscad en ellas
la luz de la verdad. Están escritas
en el oro inmortal de las estrellas,
del volcán en las lavas seculares,
en el púrpura oculto de la roca,
en el abismo ignoto de los mares,
del vapor comprimido en la potencia,
en la centella eléctrica del rayo,

y en el cáliz de esencia
de las flores purísimas de Mayo.

No descanséis en la obra del creyente,
en buscar como el pan de cada día
el pan de la verdad a nuestra mente.
Ola es la vida que a perderse corre
del sepulcro en la bruma;
el paso por el mundo es una oleada,
y los goces del mundo son espuma.
Que sea vuestro vivir linfa serena
que el campo del estudio fertilice.
Que haga brotar el fruto de la Ciencia
la paz en el hogar de la conciencia
y fama que después inmortalice.

Sois la esperanza en flor de nuestra gloria,
el mañana feliz que ambicionamos;
dejadnos por memoria
flores de ciencia que ceñir podamos
a la serena frente de la Historia.
Obreros del saber, ¡prended la Ciencia
como un ala de luz al pensamiento,
y con ella lanzad la inteligencia
a iluminar el mundo
y titán a escalar el firmamento!

¡Hijos del porvenir, dejad que vuele
en su ala de relámpago la idea
y a su excelso fulgor iluminaos!
¡Reine la Ciencia! ¡Que el Progreso sea!...
¡y al hacerse la luz, rásguese el caos!

LA DIVA ANGELA

Angela, te escuché. El alma mía
del arrobamiento presa,
al beso de tu voz se estremecía
como al beso del céfiro la hoja,